

## La Lección

Recuerdo que hace ya mucho, pero mucho tiempo, y pareciera que fue sólo ayer, en mi colegio acá en Valparaíso, ciudad de cerros y mar, mi profesor don Aroldo nos entretenía con atrayentes cuentos e historias de territorios lejanos y algo misteriosos, manteniendo una permanente atención de niños que apenas habíamos recorrido unos breves instantes del camino de la vida. Las clases de Historia y Geografía, que así se llamaban en esa época, no eran de un especial interés para muchos, pero para mí era algo que esperaba con ansias que se realizaran esas 7 horas cada semana. Don Aroldo, nombre que se daba a nuestro maestro -no tío como absurdamente se hace en estos días- con su voz pausada, gestos lentos y moviéndose entre bancos y pasillos, eludía esos bolsones de cuero que flojamente descansaban en el suelo, dejando ver de cuando en vez, esos pequeños bultos “enservilletados” que contenían el preciado tesoro que nuestras madres confeccionaban para disfrutarlo y saciar nuestra hambre en cada recreo. Las palabras fluían de su boca sin mayor esfuerzo y con gran pasión, de lo que ahora al mirar el pasado me dio cuenta. Durante las clases nos paseábamos por legendarias hazañas y parajes maravillosos con definiciones de accidentes geográficos y fechas trascendentes, que, según él, nos mostraban el mundo de hoy y como ese tejido de actos había ido modelando a la humanidad.

En ocasiones, cuando el auditorio no estaba muy concentrado y más bien “aburrido”, él rápidamente abandonaba la lección y nos preguntaba si habíamos visto tal o cual película, y comenzaba a relatarnos alguna de ellas, las que siempre tenían un fondo formativo y que algo abarcaban la materia de la clase, no sé cómo llegaba siempre a ello.

Algo que me marcó profundamente fue, no recuerdo bien, el segundo semestre de un año cualquiera, cuando comenzamos a ver geografía de Chile y mediante unos grandes mapas que se colgaban en un clavo sobre la pizarra, nos explicaba y mostraba esas grandes extensiones de color azul a las que llamaba el Océano Pacífico, aguas que llegaban a la costa del territorio y daban nombres a una infinidad de accidentes

geográficos. Comenzamos desde el Norte del País y fuimos recorriendo puertos, bahías, caletas, cabos, istmos, ensenadas, islas, y un sinfín de otras interesantes conformaciones naturales. Los mapas se fueron sucediendo clase a clase y sus representaciones cada vez iban agrandándose, aumentando su escala y mostrando detalles que en las primeras veces no se distinguían.

Grande fue mi emoción cuando se colgó del clavo un mapa en el que figuraba una gran isla orientada de Norte a Sur separada del territorio por un pequeño canal y que por su interior desprendía muchos islas e islotes más pequeños. Me maravilló ese cambio de formación terrestre y la diversidad de elementos de la costa que la componían; nos dijo que ese era el archipiélago de Chiloé, contándonos de su historia, sus habitantes indígenas, la conquista española, su biodiversidad y sobre todo lo maravillosa que era su navegación la cual sorprendía con cada milla que se avanzaba hacia el Sur.

Siendo un joven, siempre quedaron rondando en mi mente las encantadoras escenas que relataba nuestro profesor. Es así, que ante esas oportunidades que nos da el destino, realicé junto a mi familia un viaje por tierra para conocer la Carretera Austral, saliendo desde el puerto de Quellón vía trasbordador hacia Puerto Chacabuco. Lo que la naturaleza me mostró durante esas 26 horas de navegación era infinitamente más bello e interesante que lo conversado en clases. Pasaban ante mis ojos escenas que sólo en lecturas y algunos programas de televisión podemos visualizar, pero jamás en su real magnitud.

Ya instalado en un alerón de la nave, y nuestro vehículo muy bien amarrado en la cubierta inferior, sentí la brisa marina en mi rostro y fueron apareciendo paisajes verdes y rocosos mientras el barco se desplazaba sobre un mar calmo y quieto, como si nada lo inquietara, sólo revoloteaban, casi sin aleteos, gaviotas y gaviotines, acompañándonos mientras avanzábamos, para mí, a una aventura singular. A bordo, una variada cantidad de personas, y según iba conversando con ellos, fui aprendiendo nombres de distintos destinos en los cuales vivían; Puerto Aguirre, Puerto Gala, Puerto Cisnes, Melimollu, etc., muchos de ellos residentes por generaciones viviendo en esos desolados parajes; otros

incipientes colonos que deseaban iniciar una nueva vida lejos del torbellino de la ciudad. El enamoramiento de esas aguas y canales fue instantáneo y pese a comenzar imprevistamente a lloviznar y aumentar el viento, lo que me obligó a vestir mi chaquetón, no cambió mi percepción sobre lo bello y agreste del paisaje.

La vibración de la cubierta y el ruido del motor me daban señales que esa vida de a bordo era para soñadores y amantes de la naturaleza, que llena el alma y permite descubrirse a uno mismo y explorar caminos pocas veces imaginados. Pensaba que por aquellas aguas habían surcado miles de embarcaciones desde tiempos tan remotos que ni la historia puede catalogar. Esos canales y pasos estrechos que guían el desplazamiento de cada nave, con amenazas siempre latentes ya sea por la propia geografía o por la meteorología de la zona, eran un desafío que había que enfrentar.

Se fue perdiendo el puerto no siendo ya visible en la dirección que señalaba nuestra estela; junto a ello, la tarde comenzó a opacarse y se nos vino la oscuridad de la noche con estrellas que aparecían y desaparecían entre girones de nubes que pasaban rápido como queriendo llegar pronto a casa.

Y fue formando cuerpo en mi mente y corazón la peregrina idea de que algún día sería capaz, yo, de vivirla a plenitud, dejando atrás lo citadino, las comodidades y sinsabores de centros poblados congestionados y sin naturaleza.

Pensé en Don Aroldo y como pudo influir un maestro en mí, y como pueden todos ellos contagiar de entusiasmo a tantos, llegué a una sola conclusión: amor por lo que se hace.

**FIN**